

BLANCO PÉREZ, C. (2017). *Canto a lo desconocido. Poesía filosófica*. Madrid: Ars Poética. 100 pp.

Adentrarse en la poesía de Carlos Blanco Pérez (Madrid, 1986) supone, simultáneamente, hacerlo en una Teoría del Conocimiento: no sólo por el título de la obra, que anticipa su objeto poético, sino porque su mismo autor es de los pocos intelectuales que aún hoy ostentan la condición de filósofo; esto es, que osa adentrarse pese a las modas en temas fundamentales: desde la Política a la Filosofía de la cultura sin escamotear la Teología, la Filosofía de la Ciencia o de la Mente, entre otros campos que ha estudiado a fondo a lo largo y ancho de su bibliografía, propositiva y no meramente doxográfica. Y, cómo no, siempre el conocimiento: así lo atestiguan obras como *Lógica, Ciencia y Creatividad*, o *Conciencia y mismidad*, que quedan coronadas por la reciente publicación de su obra *La integración del conocimiento*, auténtico método filosófico que abarca toda su creación.

Precisamente estos dos rasgos, la audacia del filósofo que busca construir una obra unitaria y amplia, frente a la tendencia a la cita constante y la deconstrucción estéril, y la voluntad de integración, son esenciales para acercarnos a sus escritos literarios, que abarcan el relato (*El libro de las recreaciones*), la novela (*La belleza del conocimiento*, donde ya desde el inicio sabemos de la importancia que Carlos Blanco otorga a este binomio conceptual) y la poesía (con *Athanasius*, obra extensísima, donde de nuevo veremos los temas tratados en el poemario que estamos analizando). Por tanto, estamos ya en condiciones de alcanzar, antes de centrarnos en *Canto a lo desconocido*, una conclusión que nos permite entenderlo más fielmente: la poesía, la estética (sensibilidad), es indisociable de la obra conjunta del autor. Lejos de significar un oasis, un remanso al que el filósofo se retira a descansar tras enfrentarse a los conceptos y la razón analítica, la poesía complementa la filosofía, y sin ella la segunda no podría realizarse plenamente: precisamente, porque a lo que se aspira es al Todo. Explícitamente lo reflejan los versos que siguen, del sexto canto: «*Dame una palabra que lo condense todo. / "ser". / "No". Excluye el no-ser. / Prefiero "todo".*»

Pero Carlos Blanco se cuida de evitar las contaminaciones esteticistas en su pensamiento, y busca el rigor: la filosofía no puede desasirse de la razón; al mismo tiempo, aunque sea al conocimiento al que cante el poeta, hemos de ser conscientes de la función de la poesía, que no es otra que chocar con lo liminar, abrir caminos en la umbría, para que pueda la razón recorrerlos tras las huellas de la intuición. También, y como siempre en la obra de Carlos Blanco, para ir un poco más allá, para no cesar en la aspiración de belleza y verdad: el universalismo racionalista de su filosofía,

siempre hermanado con una esperanza en el progreso, que recuerda (si bien en una versión moderada y adecuada) a la teología de Teilhard de Chardin o la filosofía de la historia Hegeliana, toma forma de versos en este libro. Así, la luz recorre el orbe, y eleva al filósofo a una embriaguez pasional («Adiós, razón/ deja que me entregue al sentimiento/ por unas pocas horas, /minutos infalibles del espíritu, /pues luego volveré a consagrarme/ a tu servicio») y se detiene a mirar la realidad como conjunto, pero nunca se pliega a lo existente: «para imaginar/ ¿Conoces los límites de la imaginación? / Para ampliar lo dado/ ¿Qué es lo dado?» y así, conquistar la libertad, que no es un tesoro exclusivo del personaje poético, sino que es una libertad conquistada para todos: «Humanidad (...) / conozco tu origen, /tu desarrollo, / tu arduo ascenso/ hasta cimas ignotas, / pero, ¿qué conozco de tus posibilidades, / de tu ingenio tendido al infinito?».

El ámbito de lo poético es, por tanto, el de la libertad imaginativa, de una potencia para todo: es en el campo de la poesía y la belleza, en lo desconocido que bautiza este poemario, donde aún podemos ampliar y traer a la realidad casi cualquier cosa, por lo que la esperanza es siempre posible. La poesía, por tanto, no es en acto conocimiento: es valiosa en sí misma como lance que nos permite aspirar a metas que aún ignoramos, pero que pueden ser presente. Poesía filosófica o filosofía poética: poco importa el orden, lo esencial es aunar las facultadas humanas hacia sus más altos frutos.

Para cerrar este análisis, conviene pensar ahora la obra en un tercer nivel, el ya estrictamente literario. De nuevo, hay que establecer una relación: la que media entre *Canto a lo desconocido* y *Athanasius*. Esta última, de estructura insólita, mezcla sin detenerse en purismo alguno, para poder abarcar más, la filosofía, la poesía, la mayéutica, a través de las digresiones del personaje, que es también el autor de este *Canto a lo desconocido*. Es momento, pues, de aportar una segunda conclusión: *Canto a lo desconocido* es un esqueje de *Athanasius*, en el que el autor se deshace de formalismos, para mostrar desnudo el espíritu, sin constreñimientos de ninguna suerte, y deja aflorar a sus anchas el afecto, la mirada amorosa que reserva a la belleza, a la luz y a los hombres.

Comunes a ambas y, por ende, esenciales en la poesía de Carlos Blanco, son el tema y el personaje poético, al modo de Goethe o Nietzsche, que brinda sus versos como un conjunto de miradas entretrejidas, para transmitirnos un entusiasmo afectivo. Además, en *Canto a lo desconocido* nos topamos con un homenaje a la poesía romántica y es que Carlos Blanco es un poeta alemán que escribe en español, romántico, cuyo lirismo y pasión nos recuerda a los *Himnos a la noche* de Novalis, o a las *Elegías de Duino* de Rilke: una tensión casi sálmica, profética, de exaltada.

No son menos significativos los dos últimos versos, que suponen todo un manifiesto y una invitación y perfectamente podrían haber ahorrado al lector la torpeza de mis observaciones: «*Funde la belleza de la palabra/ con la profundidad del concepto*».

PEDRO LECANDA JIMÉNEZ-ALFARO